

Sátira crónica y ciencia bienpensante

SERGIO RAMÍREZ LAMUS

Para J. D. W.

A raíz de un comentario del columnista Antonio Caballero en torno a un libro sobre Biología del escritor Fernando Vallejo, el eminente economista Salomón Kalmanovitz se rasga las vestiduras para plantear la existencia de una rémora de letrados hispanófilos enemigos de la ilustración. A medida que se examina el fuego cruzado entre el indignado economista y la pluma mordaz del periodista y escritor Antonio Caballero, resuenan los planteamientos de otro académico, el pedagogo alcalde de Bogotá, Antanas Mockus. Entre académicos-funcionarios y letrado-periodista se abre una contienda que enfrenta a la insolencia satírica con el espíritu serio de las instituciones. Punto de partida: en la carátula de SEMANA el alcalde Mockus aparece sin su barba habitual, como parte de un anuncio publicitario cuyo importe se destina a causas filantrópicas.

Comercializa su barba por una buena causa— un semanario consagra en su carátula su look modificado. Caballero compara sus habituales arreglos capilares con los de Calígula — barbita en collier y peinado hacia delante de falso niño ingenuo— (SEMANA, enero 22/2001).

Está bien comenzar por esta minucia cosmética¹ para reseñar una pugna entre razón y sin razón, bien pensar y mal pensar. Máxime cuando este combate moviliza simultáneamente valoraciones abiertamente emotivas y argumentos presuntamente sesudos relativos a la estratificación social colombiana.

¹ Que el lector no tome a la ligera el término “cosmético”. En el examen de Angus Fletcher sobre la alegoría (*Allegory: the theory of a symbolic mode*. Cornell University Press, Ithaca, 1964) dicho término alude al adorno como constituyente de un COSMOS. Dicho de otra forma: al decir “menos cosmético” no me ciño un lugar común como el que descalificaría, de entrada, la validez del presente texto (cosmético de cabo a rabo).

En una instantánea, el alcalde de la barbita estrecha un objeto aparentemente tubular y afelpado, inscrito con la divisa *Descargue su mal pensar para bien pensar* (EL ESPECTADOR, enero 6/2002). El abrazo pueril, la sonrisa sutil –de ambigua Gioconda– y el mechón desviado sobre la frente adornan el argumento que nos invita a descargar nuestro mal-pensar. El objeto que parece afelpado y liviano probablemente representa el adorno emblemático del niño ingenuo, anterior a cualquier mal-pensar. La sonrisa leve, liviana, puntual, revela esa buena conciencia. El funcionario se acerca a una expresión beatífica. No importa si puede recordar a Calígula

Bien-pensar o mal-pensar, en Colombia, observado el país desde sus representaciones literarias periodísticas, puede remitir, a finales del siglo XX, a una publicación titulada EL MALPENSANTE. Su editor, armado de buena conciencia y corrección política radical, impugna al escritor caricaturesco que compara al bienpensante con Calígula, increpándole por su modo de referirse a la democracia. El estatus malpensante del director de EL MALPENSANTE sufre entonces un tremendo golpe. Caballero le dedica una columna que lo sindicaba, desde el título mismo, de *bienpensante*².

Transcurrido medio año, las páginas de EL MALPENSANTE publican una crítica a Caballero. La escribe un miembro de la Junta del Banco de la República, integrante de esa elite sacra de la economía colombiana. Irritado por el tratamiento dado a los economistas por el columnista caricaturesco, le reprocha la manía de seleccionar a sus víctimas entre personas *generalmente situadas en las alturas sociales*³. El eminente economista se expresa tranquilamente desde esas cumbres, a la manera tercermundista.⁴

Para el científico economista las columnas abominables de Caballero *apelan al deseo de igualdad que compartimos los humanos*. Tienen el coraje de enfrentar a *poderosos, presidentes, guerreros, políticos, economistas*⁵. El especialista económico asume con espíritu serio los textos de Caballero. Hace caso omiso de su ingrediente caricaturesco e irónico y los toma al pie de la letra. Olvida que los preceptos del género literario permiten a un escritor cometer éstas u otras licencias.

Caballero –nos dice– tiene el valor de cuestionar ciertas capas sociales poderosas: milicianos, políticos y economistas.

² “Por lo que entiendo de la carta (...) no debe uno criticar la democracia que hay, o, más exactamente, no debe uno criticar que llamen democracia a algo que no lo es, porque existen ‘extremistas sádicos’ y ‘minorías de fanáticos’ que quieren ‘liquidarla’”. Antonio Caballero, *Un bienpensante*, SEMANA, diciembre 4/2000.

³ “Antonio Caballero y las ciencias”, EL MALPENSANTE, No. 30, mayo 1/2001; página 58..

⁴ Siempre que concedamos algún valor a la teoría de Cas Wouters según la cual la expresión de sentimientos de superioridad de estatus constituye hoy un tabú en las sociedades postindustriales.

⁵ *Ibíd.*

Capas sociales. Aquí cabe retornar a las propuestas del ya mencionado alcalde Mockus. Éste nos refiere a la formación universitaria de una *nueva capa social*⁶. La universidad de nuestros días rompe con una sociedad que confunde a propietarios con educados. Plantea una nueva élite en esta *fase de desarrollo*: una elite que, lejos de mirar al pasado, anuncia el futuro: *Más que la erudición y el respeto a una tradición que podría parecer superior a sus fuerzas de herederos (a los académicos de hoy) los caracteriza una decidida orientación hacia el futuro, un entusiasmo asociado a la convicción de que es mucho lo que falta por comprender y descubrir*⁷. La élite necesaria es una de investigadores; éstos, como los empresarios, *tienden a ser cosmopolitas*, a regirse por parámetros internacionales. A unos y otros los tienta el proteccionismo, el deseo de *conservar ingresos y privilegios en los casos en que su productividad resulte de lejos menor que la que reina internacionalmente*⁸. En el caso de los académicos colombianos, su carácter de *capa social no (...) muy numerosa*, abona el facilismo de las figuraciones sociales y las carreras burocráticas⁹.

Frente a estos pareceres de Mockus cabría decir que el ataque de Kalmanovitz a Caballero retiene el asunto del futuro, de la ruptura con la tradición o el pasado. El ácido columnista sólo dispone de una *única actividad constructiva*, la de *comentar el salvaje deporte de los toros*¹⁰. De este modo, el economista liga al irónico escritor con una tradición hispánica culpable del atraso del país; una tradición que, en su concepto, sigue en pie pese a la aparición de esa capa social mockusiana en *ardua formación*.

Kalmanovitz denuncia el *talante autoritario* del hispanismo: el decimonónico Miguel Antonio Caro zanjaba disputas basándose en el principio de autoridad divina, sin ninguna consideración para con *el conocimiento y el rigor del método académico de discusión*¹¹. Actitud pertinaz, que sobrevive hoy en figuras como la del escritor Fernando Vallejo, autor de un libro contra Darwin. A los lectores que pueden caer seducidos por estos anticuados vendavales literarios, el profesional de la banca recomienda como profilaxis la lectura del libro de un antropólogo que dibuja una *brillante historia humana desde el punto de vista de la especie, muy apoyada en la teoría de la selección natural*. Los incautos comprenderán entonces *Por qué Pizarro avasalló a los incas y no sucedió lo contrario, que los incas invadieran España*¹².

Presunto seguidor del hispanismo, Caballero constituiría una *suma elocuente de vicios dogmáticos*, un obstáculo a la razón argumentativa en la vía del relevo generacional¹³. Sería

⁶ Antanas Mockus, "El arduo camino hacia la formación de una nueva capa social", MAGAZIN DOMINICAL, EL ESPECTADOR, abril 2/1989.

⁷ Op. Cit.; página 16.

⁸ Op. Cit.; página 17.

⁹ Op. Cit.; página 19.

¹⁰ Kalmanovitz, Op. Cit.; página 58

¹¹ Ibíd.

¹² Op. Cit.; página 59.

¹³ Op. Cit.; página 62.

uno de esos herederos dinásticos descritos por Mockus como portadores de una *cultura enciclopédica, (de) buenas maneras, 'mundo', (y) 'distinción'*¹⁴.

¿Caballero removido de la vía por la capa social en ardua formación que ha de hacerse cargo –junto con los periodistas– de construir consensos argumentativos y visiones del futuro? Mockus propone tanto afinidades como divisiones del trabajo entre periodistas e investigadores: *Unos y otros no sólo tienen que moverse en la comunicación como peces en el agua sino que literalmente trabajan sobre ella (viven elaborando, reconstruyendo, puliendo el 'mensaje'). Sin embargo, se dirigen en principio a públicos muy distintos (...) No es lo mismo un argumento válido para cualquiera que una argumento aceptable para un público muy definido, muy particular. Sin embargo, los acuerdos alcanzados en el lenguaje común por el ciudadano 'medio' son en nuestra época muy importantes: en muchos casos son la condición primera de cualquier proceso de democratización. Por ello es tan valiosa la labor del periodista*¹⁵.

¿Como distinguir lo anterior del derrotero esbozado por Caballero para los escritores, el enseñar a los lectores lo que éstos no entienden? ¿Cómo asumir ese itinerario propuesto en el curso de una frase *más humorística que rigurosa* cuando Kalmanovitz la toma en serio para hacer blanco del desprecio al autor de la misma?¹⁶ ¿Para Kalmanovitz no habría, como para Mockus, tanta afinidad entre investigadores y periodistas? ¿Implica esto un desacuerdo entre dos investigadores partidarios del acuerdo razonado, adversarios de malpensares animosos?

Tal vez no haya tal divergencia y la cosa se reduzca a otra falta de rigor ensayístico cometida por Kalmanovitz: no ya la de su poca seriedad al considerar algo humorístico con espíritu serio¹⁷, sino la de prestar escasa atención a las derivaciones lógicas de un contenido impugnado.

O quizás sí haya divergencia. En ese caso, la *capa en ardua formación* de periodistas e investigadores –para Mockus trabajadores de la comunicación–, no podría homologarse a la elite kalmanoviziana de la razón comunicativa. El consenso de ésta, basado en *el rigor del método académico de discusión* no tendría que ver –dado el caso– con el núcleo mockusiano de la democracia, constituido por consensos de *ciudadanos medios* que hablan un *lenguaje común*.

¿Nos encontramos ante la disyuntiva de valorar una versión bastarda de la razón comunicativa o despreciarla como coartada del río revuelto populista en el cual obtienen ganancia (popularidad) hispanistas satíricos?

¹⁴ Mockus, Op. Cit.; página 17.

¹⁵ Op. Cit.; página 18.

¹⁶ “¡Vaya tarea aburrida la del escritor!”, Kalmanovitz; página 59.

¹⁷ Kalmanovitz pasa por alto la ley del género, y a un escritor de sátiras periodísticas le aplica baremos diseñados para investigadores.

Las cosas no son así de claras. Contrario a su perfil según Kalmanovitz, Caballero valora textos acerca de una actualidad colombiana de mujeres víctimas y victimarias de la guerra, curas guerrilleros, hermanos de mafiosos y penalidades económicas. Y los valora a partir del contraste entre esta visión de la historia y la de cierto poeta bienpensante, admirador fervoroso de versificaciones del lejano pasado de la conquista y dispuesto a declarar que *la embajadora de los Estados Unidos tiene confianza en nosotros*. Al escarnecer estas salidas *positivas, lúdico-didácticas, proactivas*¹⁸, difícilmente puede reducirse Caballero a la frivolidad literaria que asocia incorrectamente el nombre del preclaro economista – Salomón– con el de otro economista –Abdón– sólo –como supone Kalmanovitz– para conseguir una rima.

La burla de la mitificación de la gloriosa conquista hispánica tampoco rimaría con el Caballero hispanista. La prioridad del examen descarnado de los procesos por encima de lo proactivo denota un ánimo acerca de lo histórico más científico que lírico y emotivo. El periodista caricaturizante hace un llamado a una lectura múltiple y no elitista-eufórica de lo histórico.

Habría que ver si un ánimo científico del mismo orden pueda atribuírsele a Salomón cuando, por la misma época en la cual Antanas comentara el arduo camino de los investigadores, aquél abocara el fenómeno del rock, refiriéndonos como una(s) mujer(es) *hispánica(s), blanca(s), desexada(s) (sic.)*, cuyo honor está protegido por su madre y un edecán de la armada, la(s) candidata(s) al reinado nacional de belleza (que) bailaban en 1989 al son de un rock hablado en español, purgado de su carácter contestatario original, adaptado a gustos medios¹⁹: *El rock latino tiene que ser más lento que el anglosajón por dos razones: la industrialización y la mecanización de la vida cotidiana están a medio camino y el rock, para verdaderamente poderse imbricar socialmente, debe conservar algunas raíces culturales e instrumentales de la sociedad donde surge. Pero con todo (...) el rock termina siendo la música de la modernidad. / En España el rock es un abrazo a esa modernidad de una juventud oprimida por Franco, el catolicismo y los toros*²⁰.

Para Kalmanovitz, nuestro atrasado país no habría hecho otra cosa que caricaturizar la genuina contestación del rock: nadaísmo²¹ o heavy metal²² en Bogotá y Medellín: tonterías que no se comparan con la música folklórica electrónica capaz de producir una *integración nacional mercantilizada* letal para el *carácter subcapitalista de la cultura colombiana*. Porque aunque exista una población campesina, artesanal o informal no disciplinada por el

¹⁸ A. Caballero, “La historia en prosa”, SEMANA febrero 12/2001.

¹⁹ S. Kalmanovitz, “Problemas del rock nacional”, MAGAZIN CULTURAL, EL ESPECTADOR, enero 22/1989; página 11.

²⁰ Op. Cit.; página 12.

²¹ Lo supérstite de este movimiento queda reducido a una cita de Eduardo Arias: “ropa imitación hindú manufacturada en Medellín, un par de pepos que se quedaron en viaje de ácido y los hippies que venden chaquiras en la calle”.

²² A este *heavy* lo caracteriza como pobre física/técnicamente, pero desinhibido y crítico socialmente.

capital, la urbanización y su tráfico vehicular generalizan finalmente *las leyes inmisericordes de la producción en línea que atropella a los peatones que no se sometan a ellas*²³.

El proceso al cual alude Kalmanovitz dista de aquél al cual nos refiriera la columna del Caballero distanciado de lirismos en torno al pasado reciente y entusiasmos de cara a la embajada norteamericana del presente. El escritor caricaturesco invitaba a soslayar al poeta hispanófilo y proactivo, invitándonos a leer más bien algunas crónicas acerca de mujeres afligidas por la guerra, mafiosos de palique con futuros cardenales, perversidades económicas, o curas guerrilleros.

Ese panorama accidentado, de plebeyos rostros victimizados y victimarios, no se compadece con el vuelo panorámico de Salomón, quien –no lo habíamos mencionado– analiza las letras de *Dylan*, los *Beatles*, los *Talking Heads*, los *Rolling Stones* para caracterizar los vaivenes de una forma cultural moderna y crítica en la metrópoli, deslavazada allá y acá por el comercialismo, ligada acá y allá a expresiones urbanas de descontento, en continuidad o solución de continuidad con sus predecesoras, pero ante todo, inevitablemente, moderna, técnica, urbana, liberada de opresiones como la de Franco y los toros, mal que nos pesen sus nexos con *las leyes inmisericordes de la producción en línea*. Inexplicablemente, el eminente economista no utiliza la palabra *internacionalización*.

A este divertimento ensayístico de un economista aficionado al rock no puede exigírsele el rigor de una investigación realizada por la *capa en ardua formación*. Digamos tan sólo que el escrito es todo del futuro²⁴. Nos dice *érase una vez una primitiva sociedad hispánica* y, preludio, del fin de su contumacia, el parto de una de las formas culturales de la modernidad.

Caballero –en su crítica al ferviente admirador de los versos de Juan de Castellanos–, persigue otra luz sobre lo histórico: un pasado reciente de guerra, mafia, guerrilleros y penalidades económicas. Lo hispánico –las versificaciones de letrados conquistadores– queda para entretenimiento de los salones a los cuales concurre la embajadora norteamericana. Y en lugar de jugar a la sombra de la Iglesia Católica (como supone don Salomón Kalmanovitz) Caballero destaca las crónicas que sacan a la luz pública las connivencias de los obispos con la mafia. Pero la invitación a la lectura de estas crónicas

²³ Op. Cit.; página 13.

²⁴ Lejos de situarse en la figuración que teje un proceso a largo plazo, soslayando la densidad sobredeterminada de una trama compleja de poderes, intereses y connivencias, el alcalde-académico convoca o anticipa el desenlace sencillo y feliz, una organización súbita de las rutas de transporte determinada por el bien común; su historicismo apuesta así al futuro como inmediatez, recordándonos el papel de la prensa tendenciosa durante la revolución francesa: “Esta prensa tendenciosa anticipará en tres días la detención de Robespierre y sus compañeros, logrando ganarles de mano, tal vez porque el Incorruptible creía aún que *la historia era un pasado cargado de actualidad*, como la de la Ciudad antigua, cuando, en realidad, arrastrada por la potencia de liberación de nuevos medios, ya era toda del futuro”. Paul Virilio. *El arte del motor*. Manantial, Buenos Aires, 1996; página 48.

tampoco milita dentro de la *capa en ardua formación*. Se detiene en los horrores del pasado inmediato. Caballero no brinda –a lo Marshall Berman– por una modernidad simultáneamente excitante y despiadada.

Todo muy irónico: un columnista atento a los procesos descarnados y un economista que mira el país colombiano desde el historicismo de su elevada posición, la de un antiguo integrante de la *capa en ardua formación* promovido a uno de los más remunerados empleos de la nación.

Regresemos al texto donde el salomónico sabio financiero cuestiona al ácido escritor periódico; allí se acusa a Caballero de vínculos cómplices con parientes asociados a sectores dominantes corruptos. Mockus también reaparece aquí, pues el asunto al cual alude Salomón no es otro que la intención de voto de Caballero (a la alcaldía de Bogotá) por una persona con la cual comparte lazos de parentesco político. La prefiere a Mockus, a quien califica de payaso.

¿No estamos aquí ante dos sentimientos diferentes y similares de superioridad social? ¿El heredero pugnando con el venido a más de una *capa en ardua formación*?

¿Desprecia el columnista a Mockus también desde una determinada posición social? ¿Responde a esto la adhesión a la candidatura de su pariente política? ¿Explica esto mismo el desenfado con el cual Antonio Caballero subraya ante Salomón Kalmanovitz el parentesco que lo une al prócer que éste considera epítome de la pernicia hispánica (*mi decimonónico pariente don Miguel Antonio Caro*)? ¿Responde a lo mismo su vindicación de los toros como *el colmo del refinamiento*?

No falta quien sugiere que Mockus representaría el bien común *como universalismo* mientras la parienta de Caballero representaría el bien común *como componenda*²⁵. De ser así, los instintos de casta del ácido columnista lo habrían llevado a apoyar a una representante de las elites más corruptas²⁶.

Pero Caballero ha sido uno de los críticos más feroces de dichas elites. Y un universalista como Kalmanovitz, lo hemos visto, parece resentir el ataque a cualquier elite encumbrada. ¿En qué queda entonces el universalismo? ¿No puede representar acaso la nueva y brutal opresión de una fe ciega en el futuro?

²⁵ En esta cita los paréntesis en bastardilla son míos.

²⁶ Lo irónico es que la retórica del bien común de la candidata que representa la venalidad política dista poco de la utopía internacionalizante de la *capa social en ardua formación*: “El verdadero cambio se hará en Bogotá si y solo si logramos que los niños del barrio Los Laureles en Bosa tengan la misma educación que los niños que viven en Chicó Alto. Es el momento, por ejemplo, de que comencemos a introducir colegios públicos bilingües, de que garanticemos que cada escuelita, por alejada que esté, pueda tener computadores y, sobre todo, pueda utilizarlos como herramienta pedagógica”. CAMBIO Octubre 2/2000.

“Calígula alcalde” no es solamente una sátira cruel. El montaje Calígula-Mockus revela cierta calidad circense propia de determinados ejercicios del poder, en medio de los cuales el elemento lúdico/carnavalesco complementa el ejercicio eficiente de las prohibiciones (*Porque ustedes habrán notado que, salvo sus exhibiciones de circo –desde su boda bajo una carpa hasta su arrodillamiento en presencia de fotógrafos delante de las mujeres nombradas y destituibles por él mismo– todos los actos de gobierno de Antanas Mockus han sido prohibiciones*²⁷). Asimismo el muy denostado emperador Nerón fue en fin de cuentas un excelente alcalde. ¡Nerón! ¿No habíamos dicho Calígula? Sucede que Caballero inicia su columna con una de esas raras o atípicas empatías suyas con el poder. Para hablar de Mockus parte de su predecesor, indicando cómo en alguna columna llamó Nerón a éste, dada su *ferocidad para con los vendedores ambulantes*. Pero el ácido periodista considera que *pese a ese y otros excesos neronianos, Enrique Peñalosa terminó siendo un gran alcalde de Bogotá*. Y aunque la grandeza de Peñalosa no archiva una crítica que *sigue en pie, (... ya que) de los vendedores no quedan ni los huesos mundos y lirondos*, este reconocimiento de los logros del antecesor de Mockus no deja de recordarnos el prototípico pago de respetos historicistas inherente a la retórica del Statu-quo.

Caballero hace votos porque al final de la gestión circense pueda decir que Mockus fue también gran alcalde a pesar de todo: y que, como Peñalosa, pueda recibir calificativos de prohombre (gran alcalde). Si nos olvidamos de la ironía, tendríamos la sensación de una moderación en la acidez de Caballero, de una nueva posición suya, ahora menos crítica frente al poder.²⁸

Dicho esto, volvamos a Mockus, a su discurso de 1989 sobre el investigador-comunicador, lustrador del mensaje. En este caso, un comunicador publicista: *... de la adhesión basada en argumentos racionales cuidadosamente contrastados a la adhesión alcanzada mediante imágenes y componentes extraverbales de la comunicación hay una distancia que molesta al académico quien preferiría que los medios masivos fueran una extensión de la academia fiel a sus reglas*²⁹. Algún incauto extranjero nunca creería que al autor de estas líneas pudieran atribuírsele las siguientes palabras en una caricatura de noviembre de 2000: *No tiene lógica... No volví a bajarme los pantalones ni a hacer pis en público... No volví a tirarle agua en la cara a nadie... No volví a disfrazarme de Pepe Grillo... Me compré un vestido nuevo. ¡Y me siguen llamando el*

²⁷ A. Caballero, “Calígula alcalde”, SEMANA enero 22/2001

²⁸ Esto podría afirmarse si revisamos pronunciamientos de Caballero en torno al poder, como los que hiciera a propósito del final del semanario izquierdista ALTERNATIVA, sujeto a toda serie de vaivenes y altibajos de orden político y económico: “... creo que el individualismo y la crítica son las más grandes conquistas que ha logrado el hombre sobre la sociedad en los últimos cuarenta siglos. Y no son conquistas del feudalismo, ni del proletariado, ni de la monarquía, ni de los sacerdotes egipcios o los ayatolas iraníes. Sino de la burguesía. Qué le vamos a hacer. (...) el poder es siempre reaccionario, siempre de derecha. Pasó en la URSS, en China, en Cuba, en Vietnam: no veo por qué no va a pasar en Nicaragua. (...) Lo mejor que tiene el poder son sus límites. MAGAZÍN DOMINICAL, EL ESPECTADOR, “Cinco años sin Alternativa”; páginas 10-11.

²⁹ Mockus, Op. Cit.; página 19.

*fenómeno Mockus!*³⁰ Entre tanta razón académica y tanto *performance* mediaría quizás lo dicho acerca de la *capa en ardua formación*: que rompía con sus predecesores de *cultura enciclopédica, buenas maneras, 'mundo', (y) 'distinción'* (cf. supra). Al quinto infierno con las buenas maneras. ¡El erudito ha muerto, que viva el académico! ¿Y el publicista?

Me atrevo a (mal)pensar que algunos momentos estelares del *fenómeno Mockus* indicarían una componenda, un compromiso entre *argumentos racionales cuidadosamente contrastados y componentes extraverbales*. Así, por ejemplo, la verticalidad de algunas posturas suyas frente a taxistas y transportadores, justificada en nombre del bien común, no se detiene a considerar la compleja trama de corrupción reinante en el ámbito del transporte público bogotano. No parece echar mano del *conocimiento y la manera de mirar el mundo que la nueva capa puede aportar*³¹. Dudo que un investigador concienzudo hubiese recomendado una medida dirigida a conseguir el “bien común”, sin considerar el contexto coyuntural (de autoridades municipales corruptas, por ejemplo). Una *razón cuidadosamente contrastante* se vería obligada a evaluar las connivencias entre autoridades municipales y empresarios del transporte³² y a dedicar tiempo y energías a deshacer tal entuerto, en lugar de asumir una publicitaria y espectacular medida cuya verticalidad provoca el aplauso mediático³³ en un país aparentemente sediento de autoridad. Me pregunto si Mockus no deja un tanto mal parada a su idolatrada *nueva capa social* cuando esta clase de actos de gobierno traslada al ámbito de ciertas relaciones de poder³⁴ un estilo como el de Laureano Gómez a su paso por Ministerios como el de Obras Públicas (si nos ceñimos a una de las descripciones diagnósticas de José Francisco Socarrás): *Hacer, hacer sin medida y dentro del menor plazo. Nada de proyectar las obras en sus más nimios detalles, para prever riesgos, abaratar el costo,*

³⁰ “Fenómeno”, Mheo, CAMBIO noviembre 6/2000.

³¹ Mockus, Op. Cit.; página 20.

³² “Hay 750.000 bogotanos sin bus hasta su barrio: ¿por qué no reasignar las rutas?”, observa Gómez Buendía (Op. Cit., supra).

³³ Un aplauso paradójico, si consideramos que uno de los medios que lo prodiga es la misma revista que, por otra parte, presenta un cuadro prolijo de la complejidad del problema: componendas de la Secretaría de Tránsito y Transporte en la concesión de rutas, explotación de los usuarios de éstas por parte de aquellos concesionarios, explotación de los choferes por parte de dichos usuarios, renta de las gasolineras a manos de los concesionarios de las rutas, informalidad y desempleo que burlan las leyes de chatarrización etc. En resumidas cuentas, los trancones del tráfico y la contaminación de Bogotá responden a un conjunto de intereses creados/corruptos así como a una situación de penuria económica, desempleo y obligatoriedad de la economía informal (cf. SEMANA agosto 19/2001).

³⁴ Mockus realizaría un comercio político fundado en bienes intangibles, allí donde la clase política tradicional lo haría con base en un el poder de afectar la distribución de determinados bienes y servicios muy tangibles. Sobre este particular, y sobre el neo-clientelismo del binomio Mockus-Bromberg en la alcaldía de Bogotá a fines del siglo pasado, i.e. sobre el amarre de “votos de opinión” a partir de costosas inversiones publicitarias, véase mi trabajo ANATOMIA DEL ESTATUS. Serie Informes de Investigación No. 3, Escuela de Comunicación-Universidad del Valle, 2000; páginas 81-82.

*armonizar su desenvolvimiento y hacerlas servir mejor a sus objetivos intrínsecos*³⁵. ¿Es así de atávico, así de arcaico y pseudo-novedoso este gesto de Mockus? ¿Ilustra acaso lo que ocurre cuando una *élite científica* opta por *renunciar a centrar su esfuerzo en un trabajo altamente especializado para pasar a comprometerse con tareas relevantes desde el punto de vista nacional?*³⁶

Por lo demás Mockus nos advierte que lo nacional sólo se salva de la mediocridad al inter-nacionalizarse. Hagamos memoria: empresarios e investigadores pueden invocar el proteccionismo como un modo de evitar desafíos, afianzar privilegios y bloquear el futuro. Sobre este punto habría que plantear algunos interrogantes: ¿es la internacionalización *per se* una panacea?, ¿no existen acaso modos perniciosos de internacionalizar?, ¿no puede corresponder la internacionalización, en ocasiones, a una fantasía que, lejos de asumir el carácter lento de los procesos, erige ciertos ídolos que hacen el juego a los intereses dominantes interesados en bloquear ciertos caminos?³⁷

Situémonos, para ahondar estas preguntas, en el centro de Bogotá. Allí, podemos disfrutar hoy de una estupenda colección de arte internacional (colección Botero). El acceso a la misma es gratuito. Un coleccionista privado la donó a la nación. ¿Cómo llegó al país? De un modo caricaturesco. Por eso la descripción de Antonio Caballero, a quien sabemos caricaturesco, no se distinguiría claramente de un reportaje documental al respecto: Por poco tiene que devolverse la donación, si no es por una colecta realizada para pagar los fletes: *El mismo día en que los periódicos daban la noticia de la colecta organizada para traer lo de Botero, publicaban también otra informando que la primera dama Nohra de Pastrana había viajado a París acompañada de un montón de funcionarios –entre ellos el Ministro de Cultura, que desde que asumió el cargo se está culturizando como loco en viajes por todo el mundo– para inaugurar una muestra de oro precolombino en el Grand Palais. Uno de los primeros visitantes, dicen los periódicos, fue... ¡tan tata taaan!... Julio Mario Santo Domingo.*

José Luis Romero se refirió hace décadas a los valores que inducen a un Ministro a brillar en París mientras urge su presencia en Bogotá. Según Romero la masificación de las ciudades latinoamericanas ha significado una masificación de sus élites, acompañada invariablemente de dos idolatrías: una, la de las relaciones públicas; otra, la de lo internacional o cosmopolita. El cocktail internacional se transforma en el ritual quintaesencial de estas élites; codeos y renombres internacionales configuran las más apetecidas credenciales. De ahí que la Universidad de Harvard reciba rentas por concepto de cómodos cursos para políticos tercermundistas que pueden luego esgrimir su prestigiosa e hiper-internacional pasantía.

Una Meca de la *capa en ardua formación* acoge élites llamadas a desaparecer. Las descripciones de Mockus nunca reparan en esa pacífica coexistencia. Volvamos a

³⁵ J. F. Socarrás. *Laureano Gómez: psicoanálisis de un resentido*. Planeta, Bogotá, 1994; página 27.

³⁶ Mockus, Op. Cit.; página 20.

³⁷ Cf. Norbert Elias. *Sociología Fundamental*. Gedisa, Barcelona, 1999; páginas 32-33.

Caballero. El anacrónico taurófilo puede darnos aquí unas luces que no brillan por el lado de los arduamente formados. Después de mofarse de las afirmaciones del presidente colombiano en el curso de un reportaje de una revista rosada en el curso del cual hace ostentación de su afición a leer biografías como las de *los papas* (*¿la de cuál Papa, de los mil que ha habido?*, se pregunta el taurófilo) o *temas como el de Ramsés, de Egipto, que ahondamos cuando tuvimos la oportunidad de nuestro año sabático en Harvard*³⁸. En la prensa rosada el presidente se enternece y evoca a Ramsés aleccionando a su hijo. El lector podrá imaginar lo que Caballero dirá acerca de este guión edípico, cuando el presidente es –al igual que Bush o Ramsés– hijo de algún rotundo predecesor.

De modo que la hiper-internacional Universidad de Harvard no es siempre futurista, profundiza en Ramsés, quien, recalca Caballero, *aplastó a los hititas y les cortó manos a los nubios y las cabezas a los hicsos y sometió a su propio pueblo bajo el peso ciclópeo de sus propias estatuas monolíticas*. Presidente endeble y faraón macabro³⁹, uno y otro implicados, cada cual a su manera, en relaciones internacionales, allá bélicas, aquí públicas, allá violentas, aquí de mediación en una guerra intestina, reúnen en torno suyo la emblemática del poder: allá el desfile triunfal, aquí el cocktail del Grand Palais en torno a la exhibición del glorioso pasado indígena. Allá el faraón, aquí el capo empresarial de nuestra suramericana nación.

En tanto super empresario, el majestuoso visitante de la exposición parisina sería un aliado de la mockusiana *capa en ardua formación*. ¿Y el Ministro de Cultura? Habría que ver, pues es reconocida su activa participación en los círculos literarios de su terruño⁴⁰, tanto como su afición al estudio de la historia. Semejantes credenciales tendrían la fragancia inconfundible a erudito caduco.} ¿O no? Es decir, desde la perspectiva de aquella *capa en ardua formación*. En tal caso, también lo anacrónico se internacionaliza.

Y, por lo demás: ¿quién asegura que los reconocimientos académicos internacionales no dependen en buena parte del cocktail relacionista-público? Con todo y la facilona complacencia que ha podido desatar en medio de los académicos bienpensantes, enemigos del texto complejo o de lo inevitablemente difícil de ciertos lenguajes críticos, ¿no demuestra el cacareado “affaire Sokal” que las fórmulas estandarizadas engañan con facilidad aun a las más legendarias publicaciones internacionales? ¿Y qué decir de esas promiscuas relaciones públicas que acompañan a un mismo tranco a funcionarios públicos, académicos, primeras damas e intelectuales malditos?⁴¹ Y acaso, ¿no se producen idílicas

³⁸ A. Caballero, “La sombra del faraón”, SEMANA enero 29/2001.

³⁹ “... cuya momia sonriente todavía asusta”, *Ibíd.*

⁴⁰ Terruño que adoraría: “... le gusta más Rionegro que París y (...) si alguien de todo este gobierno sabe a qué huele Colombia es él”. *Ibíd.*

⁴¹ Cf. Sergio Ramírez Lamus, “Goce y gestión del síntoma: espectáculos colombianos de mendicidad y relaciones públicas”. Ponencia. Simposio *Escenarios crueles: estéticas del trance y la violencia en Puerto Rico y Colombia*, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, abril 3-7 de 2001.

coexistencias entre un parroquialismo intelectual relativamente corrupto con ciertos escenarios internacionales?⁴²

Esta dimensión de la internacionalización nos obligaría a examinar cautelosamente algunas representaciones de dicho proceso. Sin negar que este proceso es importante, como lo señala Norbert Elias⁴³, considerarlo induce también al posible engaño de unas valoraciones eufóricas, evolutivas o místicas del asunto, v.gr. las de McLuhan, Theilard de Chardin⁴⁴, unas a las cuales no podrían adherir las ponderaciones científicas del fenómeno “globalizador”. Ése al cual adhieren Antanas y Salomón.

Éste último toca una corneta luctuosa en homenaje a la defunción de Estanislao Zuleta, intelectual auto-didacta; el salomónico trompetazo anuncia la muerte de uno de los últimos exponentes de esa especie des-escolarizada. Al prehistórico mamut (Zuleta) su corneta reconoce el mérito de haber difundido *el mejor conocimiento creado sobre la sociedad colombiana* (Nieto Arteta, Ospina Vásquez, Arrubla) y el haber preparado el terreno a una ulterior generación de estudiosos (Kalmanovitz, Ocampo, Garay), avalados por una cultura académica de la cual ... *no quiso compartir (...) la necesidad de consultarlo todo y de citarlo*⁴⁵.

⁴² La Universidad del Valle, mi universidad, quebró espectacularmente en 1998-1999 debido al delirante despilfarro de los fondos públicos. En vísperas de esa ruina se lanzaron toda serie de circenses eventos con pretensiones internacionalistas. Lo nacional casaba automáticamente con lo mundial. Esta premisa determinaba innumerables declaraciones como la siguiente, de la asistente de dirección de unos “Premios Nacionales de Arte”: “... mejoran aún más la imagen de la Universidad del Valle y de la Fundación de Apoyo, y, al mismo tiempo, se estimula, se nacionaliza y se internacionaliza el trabajo artístico como una forma de construir paz”. *Síntesis* (periódico institucional), Universidad del Valle, marzo de 1998.

⁴³ “Posiblemente en los días tempranos de existencia de las especies humanas, lo cual no es fácil visualizar, no había más que un puñado de seres humanos semejantes a nuestro género. El presente es tal vez la única otra época desde entonces en la cual los seres humanos han formado colectivamente una verdadera unidad social, no sólo como una bella idea sino como una realidad social. Incluso hoy en día aún no se comprende el hecho de que el crecimiento activo del proceso de integración humana está operando en la dirección de una interdependencia del género humano y de su pacificación interna, como también en una nivelación de las diferencias de riqueza.” Norbert Elias, “Tecnificación y Civilización”, en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Norma, Bogotá, 1998; pp. 451-508; cita en la página 495. La perspectiva de Elias sobre procesos a largo plazo plantearía que en su fase actual la internacionalización es bárbara: las diferencias de riqueza, si bien modificadas, persisten y brutalizan. Elias supone que la dirección del proceso nivela esas diferencias, pero no se atreve a postular metas, i.e. a asegurar el desenlace utópico. No podría decirse lo mismo de Antanas y Salomón.

⁴⁴ Como lo ha recordado hace poco Tom Wolfe en “Infoverborrea, polvos mágicos y el hormiguero humano”, en Pp.95-124 de *El periodismo canalla y otros artículos*. Ediciones B, Barcelona, 2001

⁴⁵ “Hoy las universidades públicas y privadas de calidad han logrado desarrollar en alguna medida departamentos de humanidades que, con sus conexiones con la academia internacional, han iniciado una literatura rica en algunos aspectos. Todavía es poco pero hemos progresado. Mal que bien, con vicios propios de la academia –más erudición que pertinencia– las formas de trabajo

De modo que el relevo generacional invocado por Kalmanovitz para el caso del columnista Antonio Caballero no se cumpliría para el caso de los economistas académicos⁴⁶. Lo aplicable al género de la sátira periodística no lo sería al género de los discursos económicos. Los economistas académicos se encontrarían en pleno vigor, Caballero y sus epígonos, en cambio, demandarían *un relevo generacional que cabe esperar*; irónicamente, ello se plantea en el marco de una culpable licencia satírica: *Acudiendo a su propia lógica, como tal vez yo no debiera, el de Antonio es un relevo generacional que cabe esperar*⁴⁷.

La invocación perentoria del progreso tiene lugar por fuera de la ley del género que rige en el campo de la argumentación científica. Recurre a lo satírico. ¿No se invalida así el implícito relevo del auto-didacta por el académico de talla internacional? ¿No se reduce entonces la *formación ardua de una nueva capa social* a una fórmula literaria? ¿No termina pareciéndose aquí la internacionalización a una fórmula supersticiosa y primitiva?

Salomón considera a Estanislao Zuleta como un lector *rumiante* que no *elimina* información. Pero, ¿no es rumiar una forma de pensar, de ir más allá de la información, de eludir las fórmulas predigeridas del *fast thinking*? No hay claridad aquí. Tampoco se nos aclara cómo es que las conexiones internacionales garantizan ese *trabajo sistemático*, no rumiante, hacia el cual *hemos progresado*. Todavía menos claro queda el asunto de *consultarlo todo y de citarlo*. ¿No está el autodidacta dedicado a consultarlo todo, si bien no necesariamente a citarlo todo? Según Salomón esto sólo lo realiza la cultura académica más reciente. Zuleta no. Así hubiera aprendido alemán y francés a partir de su propio esfuerzo, la modernidad no era lo suyo; no aprendió inglés: *le tenía resistencia a la cultura anglosajona*.

Zuleta y Arrubla, sostiene Salomón (1989), se resisten a lo anglo-sajón. Y así como difícilmente hay epítomes del rock en Alemania, tratándose de un producto cultural esencialmente anglo-norteamericano, el mérito auto-didacta no toca los tobillos del especialista sistemático e internacional. ¿Zuleta derrotado argumentos sistemáticos de Mockus? ¿La afición a los toros puesta en su lugar por el examen argumentativo y razonado de tan salvaje espectáculo? Habría que ver.

La auto-disciplina de quien se enseña a sí mismo difícilmente se sitúa por debajo de los controles recíprocos de la intersubjetividad científica. Una y otra cosa pueden implicarse recíprocamente. Y lo internacional del asunto no dependería tanto de conexiones o relaciones públicas, cuanto de una interlocución de cierto nivel, al cual, reitero, sólo cierta

autodidacta y la lectura rumiante van siendo desplazadas por el trabajo sistemático, especializado y por la lectura eliminadora (sic.) de información". S. Kalmanovitz, "Zuleta", EL ESPECTADOR, marzo 3/1990.

⁴⁶ Ya tomaba nota de esto Caballero, quien anotaba lo siguiente: *quiero señalar que mi generación es la de Kalmanovitz*.

⁴⁷ Cf. supra, Caballero en SEMANA junio 4/2001 y Kalmanovitz 2001.

auto-disciplina es capaz de acceder. Ya algún lector habrá detectado en lo que digo la perspectiva de Norbert Elias. Pero no hay que citarlo todo. La nueva capa social no lo hace: Mockus no menciona a J. Habermas, cuando este autor rezuma a borbotones en su ensayo sobre el estamento emergente; allí mismo el *capital cultural* no es más que una noción referida a *algunos autores*; los *lectores medios* ni se enteran de la existencia de la obra de P. Bourdieu. ¿Pero no es Mockus un académico? ¿No debía dejar la construcción de ese consenso en *lenguaje común* para *hombres medios* a los periodistas (cuya labor es por eso “tan valiosa”)? ¿No rige alguna división del trabajo en la argumentación razonada de la capa arduamente constituida?

Aquí tocamos el meollo de la actitud bienpensante. Esta, tan escrupulosa al vindicar un determinado género de lenguaje, termina pasando contrabando de uno a otro género, aunque pontificando desde un lugar sin lugar, desde una a-topía –como espero no haberlo hecho en este texto⁴⁸– acerca de lo correcto y bien pensado y acerca de lo incorrecto y mal pensado. Pensar viene a ser, dentro de esta tónica, algo definido por cierto control argumentativo e igualitario sobre el discurso, dentro del cual la discusión razonada funciona como garante de sanidad polémica, de modo que, como Mockus con los transportadores, sentarse a discutir implica –se supone– dejar de lado cualquier presión. Se procede de este modo a la “idealización abstracta de los espacios de discusión” (Habermas), e incluso de sus modelos retóricos, siempre socialmente sobredeterminados⁴⁹. Cuando Mockus rehusa dialogar bajo presión, impone a su turno una retórica coactiva en medio de la cual relata “historias personales que desconocían incluso sus más cercanos colaboradores, sobre situaciones conflictivas que había enfrentado en su vida y sobre cómo había encontrado maneras para decir no bajo presión” (SEMANA agosto 19/2001). Incorre de este modo en el ejercicio de un poder personal o carismático. Y, por otro lado, atiza ciertas consignas sobre ejercicio inflexible de la autoridad, presentes en el marco de la “opinión pública” colombiana. Se trata de una prepotencia bien pensante, dogmática en lo que atañe a un estado de cosas, no abocado con parsimonia “científica” cuanto a partir de la premisa de un deber ser de las cosas como uno bien-quiere-pensarlas: “uno”, el pedagogo que enseña cómo los espacios de discusión secretan el polvo mágico del bien común y de la gestión racional. Lo cual resta importancia, por ejemplo, a la compleja coyuntura heredada de la connivencia corrupta entre funcionarios municipales y empresarios del transporte. Las soluciones se precipitan ligadas por entero al logro de una meta en el corto plazo; no importa el “daño colateral”; por eso Mockus repite el gesto de su neroniano sucesor-predecesor, inclemente supresor de los vendedores ambulantes⁵⁰.

⁴⁸ Texto en el que espero, además, haber contrabandeado poco, toda vez que me he referido esencialmente al género de la polémica periodística.

⁴⁹ Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. FCE, México, 1989; página 133.

⁵⁰ Cabría comparar prepotencias. Otro escritor-caricaturista, ya nos decía de Nerón-Peñalosa lo siguiente: “Pero lo que toca con el aspecto social (los indigentes, por ejemplo) y con el propósito de construir una ciudad, si bien pobre, al menos segura y grata, está descuidado y son temas en los que viene fallando la administración de Enrique Peñalosa Londoño, quien se educó en el primer

Aquí la historia, como puntualicé antes, es ya toda del futuro, hipoteca del presente que paga –a cualquier precio– el costo de una meta.

Ello nos sitúa en una suerte de autopista de dos carriles: un primer riel, el del pre-potente poder del estatus de un funcionario; un segundo riel, el de un conjunto de elementos fantasiosos acerca del futuro.

Examinemos este doble viaducto. El primer riel convoca las emociones del estatus. Salomón trona porque las víctimas de Caballero tienden a estar *en las alturas sociales*. Antanas se propone él mismo como modelo. Su infancia misma constituye un paradigma de la razón comunicativa habermasiana. Su estatus de sabio y pedagogo no admite bufonadas de sus interlocutores. Aunque, quizás porque no pertenece a esa elite caduca seguidora de la etiqueta, él sí puede cometer bufonadas: éstas no son otra cosa que un pulido mensaje, un modo de llegar al *hombre medio* a través de los periódicos y el espectáculo⁵¹.

El segundo riel nos remite a las fantasías sobre el desarrollo histórico continuo, la meta ineluctable, o el todopoderoso empuje de la ciencia. Cosa que pondría en duda el carácter científico de esa vía⁵². Entre las malas maneras del circo académico y el refinamiento de la fiesta brava juega una fantasía menos diversa de lo que parece. Así, ni los economistas colombianos que ostentan la apetecida credencial de asociados de investigación en

mundo para se alcalde del tercero. Y del tercer milenio”. Lorenzo Madrigal, “Con la plata de Mockus”, SEMANA, septiembre 13/1999.

⁵¹ Me atrevo a malpensar que esta pre-potencia no difiera mucho de aquella irritada por el modo provocador en el cual la película *La Virgen de los sicarios* reiterara los insultos de Fernando Vallejo a figuras sacramentales del estatus (del statu-quo): Simón Bolívar, el Papa, el Presidente. Cf. Antonio Caballero, “Vayan a verla”, SEMANA noviembre 20/2000. La crítica que ha podido hacerse a esta película por su incorrección política queda en un segundo término. El asunto del estatus sacrosanto queda en el primer término.

⁵² Nuevamente, ateniéndonos a Norbert Elias: “Una singularidad que distingue al tipo científico de adquisición de conocimiento del precientífico, consiste en la mayor vinculación a las cosas y a la realidad del primero; consiste en que el primero ofrece a los hombres la posibilidad de distinguir a cada paso mejor que antes entre representaciones fantasiosas y representaciones ajustadas a la realidad”. Cuando el futuro depende en últimas de la consolidación de cierta capa social, cuando éste se considera disponible a la vuelta inmediata de la esquina, o como rápida consecuencia de una retórica argumentativa, tal vez la cosa no sea otra que la de un cierto modelo de desarrollo: “Y los propios modelos de desarrollo son de todo punto incompletos, carecen todavía de la correspondencia lo bastante ajustada con las cambiantes estructuras sociales. Toda la historia es hasta hoy, en el fondo, un cementerio de sueños humanos. A corto plazo a menudo los sueños se cumplen; pero a largo plazo acaban casi siempre en un vaciamiento y destrucción de su ser y su sentido precisamente porque las metas y las esperanzas están intensamente penetradas por fantasías, de tal modo que el curso efectivo del acontecer social les depara severos golpes, una confrontación tras otra y acaba desenmascarándolas como irreales, oníricas”. N. Elias. *Sociología Fundamental*. Op. Cit.; páginas 25 y 32.

Harvard dejan de recrearse en anacrónicas erudiciones⁵³, ni Caballero puede señalarse como *un seguidor tardío de Parménides, que sostuvo que nada cambia*⁵⁴. Porque en la óptica de los procesos a largo plazo puede resultar muy científico sostener que en el país hace décadas que ciertos vicios y estructuras del poder permanecen intactos. Y esto no lo convierte a uno, necesariamente, en adversario filosófico del cambio⁵⁵.

Suplemento: un ministro bufón

Después de su canonización por la prensa rosada nacional como soltero apetecible, el ministro pasa a compartir el mismo honor, ahora en un ámbito cosmopolítico cuando su nombre aparece en una revista italiana, al lado de otros: Sarah Ferguson, Estefanía de Mónaco, Sean Connery, Mira Sorvino, Judi Dench y Sheryl Crow, “entre otros” (SEMANA mayo 3/1999). Se lo ve asistir, al lado de una de las grandes damas del ámbito “cultural” nacional, a la exposición de la colección privada de Robert A. Hefner, “uno de los principales promotores” del arte chino en el mundo occidental (SEMANA agosto 23/1999). Aparece destacado como integrante de la cúpula de 150 personajes colombianos a los cuales obsequia un traje, como parte de una estrategia promocional, la firma de costura masculina más tradicional del país (CAMBIO noviembre 1/1999). Se lo exalta como uno de los personajes del año en 1999 (SEMANA diciembre 6/1999). Se permite salidas humorísticas como las de poner su afecto por determinada escritora al nivel de que “por ella bajaría el precio de la gasolina y dejaría de ser neoliberal” (SEMANA noviembre 8/1999). Meses después reaparece en las mismas publicaciones, ya no como ministro, sino como el presidente de una compañía de telefonía celular que acaba de cerrar una venta parcial de esta compañía, filial del grupo económico más poderoso de la nación, a la multinacional BellSouth.

Tirios y troyanos elogiaron su palabra desinhibida, admirada ya sea por su filo o su arrogancia: un discurso suyo, dirigido al público universitario caleño, se ve señalado por el columnista más ácido de la nación como algo que arriesga hasta cierto punto la destitución del funcionario, dada su sindicación de la clase dominante colombiana como una que confunde la riqueza con el elitismo, el arribismo con el elitismo, la repartición de favores con el arte de gobernar⁵⁶. Una vez transcurrido un debate parlamentario acerca de

⁵³ En una reciente crítica al endeudamiento colombiano el ex ministro e investigador de Harvard Rodrigo Botero Montoya citaba a Horacio en latín “Mutato nomine, de te fabula narrator”, adhiriendo además a una sentencia sobre los estadistas del Cardenal de Retz. Cf. “Réquiem por una reactivación proclamada en atono triunfal”, EL TIEMPO, enero 6/2002.

⁵⁴ Kalmanovitz (2001), Op. Cit., página 58.

⁵⁵ Ya en 1995 Caballero se había referido al reproche según el cual sus columnas equivalían a eternos retornos predecibles: “... es inevitable que se repita quien comenta la actualidad colombiana, que se repite siempre: matanzas, droga, politiquería. Y nunca pasa nada. Justamente por eso”. Antonio Caballero, “El mismo artículo”, CAMBIO septiembre 25/1995.

⁵⁶ Cf. Antonio Caballero, *Palabra de ministro*, SEMANA octubre 19/1999. Cito a continuación apartes del discurso, cuyas palabras iniciales se refieren amorosamente a la ciudad que lo acoge, patria

las inhabilidades del ministro, quien como socio minoritario de una Corporación Financiera habría debido declararse impedido para presidir la junta de la compañía nacional de petróleos encargada de suscribir contratos indirectamente beneficiosos para la entidad financiera, un joven columnista, con los apellidos y la riqueza que el ministro declarara ajenos a su noción de elite, previa calificación de lo anterior como insignificante “desliz del 0,1 por ciento”, se declara partidario de la arrogancia ministerial, una que significa “tener una visión de futuro, así sea inflexible o equivocada, para defenderla con la espada de la virtud”⁵⁷.

Así el ministro, durante sus intervenciones parlamentarias, citaba a un “presidente del medio siglo” quien “en su discurso inaugural, había afirmado que no gobernaría con las leyes sino con la moral”⁵⁸. La arrogancia del funcionario se producía, en esta línea, como parte de “esa clase de indignación que despiertan las infamias en la gente decente”⁵⁹; se mencionaba, a propósito de esto, el hecho de que su principal contradictor, el director de la compañía de petróleos, ostentaba en su pasado una mancha de corrupción de resonancia pública, agravada entonces por el egoísmo de su pugna con el ministro: un silencio del funcionario petrolero en Houston, “con el argumento de que le dolía la garganta”, habría alejado a los inversores texanos de los pozos colombianos.

Lo anterior, ¿a qué correspondió?: ¿al enfrentamiento entre una concepción de las elites que las sitúa en un plano estrictamente moral, opuesto a otra concepción, mezquina, que antepone un pulso de poder entre funcionarios de alta categoría a los intereses de la nación? O, por el reverso, ¿a una prepotencia generalizada de la elite cuyo sentido de lo decoroso se desvanece cuando ésta se deja llevar de su parecer, en una suerte de razón de estado suprallegal, inmune a las minucias de la ley?

Quizás a estos interrogantes tenga que considerárselos simultáneamente desde el anverso y desde el reverso: como pulso de arrogancias mezquinas y como arrogancia de “gente decente”. Podemos remitirnos aquí al pasado universitario del ministro, cuando como integrante de un grupo de jóvenes humoristas, éste procediera a proponer un término medio entre las facciones políticas establecidas en una prestigiosa universidad privada: “...

chica del funcionario: “El problema de este país es que poco a poco se quedó sin elite (...)/ Las elites siempre tienen que existir y no tienen relación alguna con privilegios de clase o con mayores o menores privilegios económicos (...)/ Elite es (...) quien va más allá; quien atiende noción de historia y por ende noción de futuro. (...)/ Si hubiéramos tenido elites no hubiéramos dejado asesinar, en forma despreocupada, a todos y cada uno de los líderes de izquierda que quisieron hacer política a través de canales democráticos e institucionales (...)/ Si hubiéramos tenido elites no habríamos dejado penetrar por toda la economía y por toda la sociedad dineros con los más tristes orígenes (...)/ Las elites, ustedes, son quienes saben que tienen muchas más responsabilidades que derechos y lo disfrutan”. (Discurso del señor ministro de minas y energía, Dr. Luis Carlos Valenzuela Delgado. Ceremonia de graduación Universidad ICESI, 1999).

⁵⁷ Cf. Alejandro Santos Rubino, “Elogio de la arrogancia”, SEMANA diciembre 20/1999.

⁵⁸ Cf. Lorenzo Madrigal, “Canal tres”, SEMANA diciembre 13/2000.

⁵⁹ Cf. Mauricio Vargas, “Una acusación sospechosa”, CAMBIO noviembre 22/2000.

la Universidad (...) se debatía entre dos bandos claramente diferenciados, ‘uno de izquierda, liderado por los mamertos de antropología, filosofía, economía y facultades afines, y otro de derecha, gerenciado por los *fachos* de ingeniería, administración y lenguas modernas’ (...) Los primeros vivían de mochila y ruana y su barrio insignia era La Candelaria. Los segundos defendían la ropa de marca, denigraban de la utopía de sus opositores y se la pasaban en el Chicó. ‘Entonces decidimos convertirnos en la tercera vía con una sede intermedia: Chapinero. En ese sentido fuimos unos adelantados, pegamos primero que Tony Blair y (Zutanejo)’⁶⁰.

Cali (Colombia), 2002

⁶⁰ Cf. HOMBRE DE CAMBIO, No. 3, octubre/1999. Un epígrafe de la publicación resalta las ocupaciones actuales de los cerebros del panfleto satírico: “Gracias a Chapinero (Pascual) trabaja en Semana y no de biólogo, (Tal) prepara otro libro de humor, (Fulano) tiene su propia compañía de diseño, y el ‘Chiqui’ (Zutano) sobrevive a los problemas de su ministerio”. Cabe señalar que el artículo también destaca la eventual y paradójica inserción del panfleto en la prensa rosada colombiana, gracias a un mecenazgo: el del ministro de hacienda emblemático del neo-liberalismo en la década de los noventas.